ARDENIA.

SEGUNDA PARTE.

DExé en la primera parte
con Magestad y grandeza
á el heroico Segismundo
en su privanza, que era
en la Moscovia estimado
por su virtud, y prudencia.
Dexemosle en el Gobierno,
y vamos á la Princesa,
que abrasada en vivas llamas,
de esta manera se quexa:
¿Qué es esto, desdicha mia?
¿Que es esto que me atormenta?
¿No soy Ardenia? ¿No soy
de la Moscovia heredera?
¿No aspiran á mi hermosura,
y mi Corona, y grandeza,
tanto Principe de Europa,
sin que ninguno merezca
en mi pecho ó mi memoria
un atómo de fineza?
¿Qué es fineza? Ni un agrado,
ni cosa que menos sea.
¿Pues como un advenedizo
de lexas, y extrañas tierras
ha rendido de mi pecho
la incontrastable soberbia?
Mas ¡ay de mi! su valor,
su discrecion, su agudeza,
su persona, compostura,
talle, brio, y gentileza,
asaltando el corazon
no fué mucho se rindiera
á tan valientes Soldados;
quando por Caudillo llevan
el Amor. ¿Pero qué digo?
Vuelva la voz, vuelva, vuelva
á las carceles del pecho,
y aprisionada en cadenas,
muera en perpetuo silencio,
y para que mejor pueda
vengarme de este tirano
ciego Dios que me atormenta,
yo misma he de dar remedio
á tan tirana soberbia.
Con esta resolucion,
con notable ligereza,
á el quarto del Rey su Padre
partió, postrandose en tierra.
El Padre la recibió.
y dice: Querida Ardenia,
parece que tu semblante
de algun pesar me dá muestras,
dime, ¿qué dolor se atreve
á eclipsar tus luces bellas?
Ella responde: Señor,
lo que mi pesar alienta,
es ver que todo tu Reyno
te murmura de que pueda
en ti tanto la pasion,
que á un Estrangero le entregas
lo mejor de tu privanza,
de que quexosos se muestran
los Principes, y Señores,
Athlantes de su grandeza.
El Rey dixo: No prosigas,
y porque tu enojo veas,
que procede por faltarte
noticia de quien él sea
desde hoy quiero que te asista,
y asi hablará la experiencia.
Despidióla, y al instante
á Segismundo le ordena,
que mayordomo mayor
vaya á ser de la Princesa.

Obe-

Obedeció Segismundo,
y fué á ver á la Princesa.
diciendo: Señora mia,
el Rey vuestro Padre ordena,
para mayor dicha mia,
que yo asista á vuestra Alteza.
Ardenia quedó turbada,
sin poder darle respuesta,
y sus hermosas mexillas
parecen de coral hechas,
batallando á un mismo tiempo
el amor, y la vergüenza;
mas como siempre el amor
imposibles atropella,
del castillo del recato
rompió las cerradas puertas,
pues dentro de pocos dias
llegó á declararse Ardenia,
y Segismundo tambien,
creyendo de esta manera,
reciprocamente unidos,
que eran sus pechos dos ethnas.
Por mitigar tanto ardor,
entre los dos dispusieran
el casarse de secreto,
y de esta suerte lo ordenan.
Dispusieron una caza,
y que se perdiera en ella,
Ardenia con Segismundo
se juntasen, dando cuenta
á un leal Criado suyo,
para que él lo dispusiera.
Perdióse en fin, y el Criado
la llevó con gran presteza
donde la espera su amante;
y asi que con él la dexa,
á una Aldea alli vecina
fué, y al Cura le amonesta,
que viniese á socorrer
(porque un Alma no se pierda)
á un Caballero, que alli
dexo herido en la floresta:
dióle en fin unos escudos,
y partió con ligereza
donde estaba Segismundo,
fingiendo sobre la tierra
el que estaba mal herido,
y con lagrimas Ardenia,
asi que llegó, le dice:
Padre mio, yo quisiera,
porque á esa Dama le debo
obligacion verdadera
viendo mi último trance,
el desposarme con ella.
Eso me parece bien,
y luego al punto les echa
la bendicion, y casólos,
entonces le dice Ardenia:
Tomad Padre esos doblones,
y volvereis á la Aldea
á traer gente, y llevar
á mi Esposo por si pueda
tener remedio su vida.
Con notable ligereza
se partió el bueno del Cura,
y ellos al punto se ausentan.
Se volvieron á Moscovia,
gozosos de tal empresa;
pero la cruel fortuna
en breve se les rebela,
y fué el caso, que á Moscovia
con sus cartas de creencia,
llegaron Embaxadores
de la Prusia, que pidieran
la Princesa por Esposa
del Principe de su tierra,
y de aquesta pretension
á la Princesa dió cuenta
el Rey su Padre, y turbada,
deshecha en lágrimas tiernas,
á su Padre le responde,
que no ha de dexar su tierra
pues saliendo de Moscovia
sería su muerte cierta.

Peor

Pero en aquesta ocasion
suspendió esta diligencia,
porque al Rey vino noticia
de como se le rebela,
con unos fieros tumultos,
una Ciudad, y fué fuerza,
que fuera el Rey en persona,
y entre tanto que volviera
nombró por Gobernador
á Segismundo, y apenas
el Rey salió de la Corte,
viendo su desdicha cierta,
dispusieron que la fuga
sea el remedio á su pena.
Recogen todas las joyas,
oro, plata, y dando cuenta
tan solamente á Violante,
que es ama de la Princesa,
su fiel Criado, y tambien
á una principal Doncella,
se aperciben á la fuga,
lograndola de manera,
que á la gran Ciudad de Praga
llegaron con ligereza,
donde estos tiernos amantes
se echan á los pies del Cesar.
El Cesar les prometió
el ampararlos, y hospeda
conforme á su calidad
con magnifica grandeza.
Pero volviendo á Moscovia,
que asi que el Rey dió la vuelta,
ya sosegado el tumulto,
y oyó la infelice nueva
no hay Tígre, no hay Leon fiero,
que se iguale á su fiereza:
echa rayos por los ojos,
brotando ardientes centellas:
y aunque el Cesar procuró
sosegar llama tan fiera,
con otros Principes grandes,
no valió su diligencia,
en espacio de ocho años,
en los quales la Princesa
tuvo dos bellos Infantes
retratos de su belleza.
De todo tiene noticia
el Rey, y mas se desvela
aquel corazon cruel
á su venganza sangrienta,
maquinó una alevosia
la mas enorme, y soberbia,
y fué fingir, que sentia
de la Princesa la ausencia,
y de sus queridos nietos,
fingiendo lágrimas tiernas.
Mas, ¡ó fiero Cocodrilo,
quien tus lágrimas creyera!
Con que con esta noticia
volviendo á escribir el Cesar,
y los Principes amigos,
les permitió que volvieran,
y para mayor engaño,
envió muchas preséas
de joyas y de dineros,
mandando en todas sus tierras
los reciban con aplausos,
con regocijos, y fiestas.
Llegan en fin á Moscovia,
y á recibirlos saliera,
abrazando á Segismundo,
sus nietos, y á la Princesa
hizo muchos regocijos
toda la Plebe, y nobleza.
Y pasados pocos dias,
le envia á decir á Ardenia,
que le enviase los nietos
para que lo divirtieran:
llevalos en fin el Ama,
el Criado, y la Doncella,
los complices en la fuga,
y llegando á su presencia,
aquel sangriento Leon
ya prevenidos tuviera

unos

unos sangrientos Verdugos,
y sin tener resistencia,
cogió los tiernos Infantes,
y con sus manos sangrientas
les dió muchas puñaladas,
sin atender á las quexas
de aquellos Angeles bellos,
que dicen con voces tiernas,
y con doloroso llanto:
Abuelo mio clemencia:
¿Por qué nos mata, por qué?
¿Qué te hizo nuestra inocencia?
Pero él, mas que fiera horrible,
de sus heridas sangrientas
bebe la inocente sangre,
diciendo: Esta me refresca
los ardores de la ira,
que mi cruel pecho engendra.
Entre tanto los Verdugos,
á el Ama, y á la Doncella,
y á el Criado, dan garrote:
Jesus, ¡qué cruel sentencia!
Puso los cinco difuntos
en una sala, y ordena,
que llamen á Segismundo,
que ignora traicion tan fiera;
por la senda de la muerte
llegó con Planta ligera,
pero entrando por la sala,
y mirando tal tragedia,
á eclipse tocó la vista,
y el corazon titubea.
Al instante lo agarraron,
porque no se resistiera
y el Rey con sus propias manos
le dió la muerte sangrienta.
A Ardenia mandó llamar,
y llegando á su presencia,
duda lo mismo que mira,
teme lo mismo que observa;
alli ve á su Esposo muerto,
alli á sus hijos lamenta;
no sabe qual es mayor,
una pena, ú otra pena;
no puede llorar, ni hablar,
que embargadas las potencias,
impide el llanto á los ojos,
la voz le impide á la lengua.
Hablóle el Rey cariñoso,
y dixo: Querida Ardenia,
sola tu quiero que reynes,
que eres de mi sangre mesma.
Oyendo aquestas razones,
tanto se enfureció Ardenia,
que con el mismo puñal,
que tiene en la cinta fiera
le dice: Padre traydor,
asi pagarás mi ofensa.
Y con presteza no vista,
le dió una herida tan fiera,
que el cuerpo quedó sin alma,
y atrevida yá resuelta,
mirando á su Esposo dice:
Pues Segismundo se ostenta
en mejor Imperio, es bien
el que con él muera Ardenia:
y en el cristal de su pecho
á la muerte le abrió puerta,
para que en el mundo sirva
de escarmiento, y advertencia.
Con que todos procuremos,
dirigir nuestras potencias
al bien, asi lo logremos
para que en dulces cadencias
viviendo siempre con paz,
consigan todos la eterna.
Y aqui remata Bermudo
aquesta infausta tragedia.

Con licencia: En Sevilla, por la Viuda de Vazquez y Compañia,
Año de 1816.